

DISCIPULADO EN CÉLULAS
TEMA 1 - “VIDA DEVOCIONAL”
LECCIÓN 1 - “LA ORACIÓN”
CAPITULO 4



SANTIFICADO SEA TU
NOMBRE

Las ideas que ocupan la mente de Cristo cuando insertó esta declaración en su plegaria eran tremendamente importantes para él. No se trataba de un casual matiz de religiosidad el que insistiese en que el nombre de Dios fuese santificado. Más bien, estaba implícito en esta frase de cuatro palabras todo un mundo de respeto, reverencia, temor y aprecio para con la persona de Dios y su Padre.

La palabra *nombre*, como la emplea Cristo en este caso, no se limita a ser un mero título. Significa mucho más que un simple apellido, o nombre de pila, tales como Juan Pérez, que se usa para identificar a un ser humano. En la escritura el nombre de Dios implica un concepto mucho más grande.

“TU NOMBRE” el nombre de Dios comprende el título, la persona, el poder, la autoridad, el carácter, y la misma reputación de Dios.

Tan tremendo era el respeto del antiguo pueblo hebreo por el nombre de Dios que ni se atrevían a pronunciarlo con sus labios ni intentar darle forma en el lenguaje humano. Para escribirlo empleaban las letras YHVH. Más tarde este conjunto de letras se amplió a Y A H V E, que luego se transformó en Jehová, y que en algunas traducciones de la Biblia se representa por “el Señor”.

Resulta obvio que el eterno Dios, aquel que es por siempre jamás, no podría ser identificado con un simple título humano.

Veza tras veza que se le preguntaba quién era él, la respuesta que daba era ésta: “YO SOY EL QUE SOY”. Hasta Jesús, cuando insistieron en preguntarle, respondió: “Antes que Abraham fuese, yo soy” (Juan 8:58). De este modo se intentaba dejar en claro que Dios es el Señor eterno, imperecedero y perdurable de todo el universo, incluyendo tanto el cielo como la tierra. Dado que Dios, es nuestro Padre, es él mismo por la eternidad, merece nuestro mayor respeto y reverencia.

La revelación que hace Jesús de Dios como Nuestro Padre disipa nuestros temores y enciende nuestro corazón porque es un padre lleno de compasión y comprensión y perfectamente alcanzable.

Es la luz de dicha revelación que el nombre de nuestro Padre Dios adquiere una nueva dimensión que nos mueve a la adoración.

Volcando el concepto en palabras sencillas, lo que dice Jesús en esta oración es lo siguiente: “Padre, que tu persona, tu identidad, tu carácter, tu reputación, tu mismo ser sean siempre honrados”.

La idea de que DIOS SU NOMBRE SEA SANTIFICADO DEBE PARTIR DE QUE ENTENDAMOS ALGO DEL CALIBRE ES SU CARÁCTER. Justamente es el carácter de Nuestro Padre celestial lo que constituye la mayor gloria.

A fin de comprender su carácter no como el de nosotros que muchas veces es un carácter torcido concibamos su carácter como la de un cubo de seis lados. Perfectamente simétrico. De un lado enteramente santo, puro, sin tacha. Pero este esta contrabalanceado en el lado opuesto por su amor, su compasión y su interés absolutos para con nosotros. Es por esto únicamente que podemos acercarnos a un ser tan sublime. En el tercer lado es completamente justo, perfecto, impecable. Pero en este caso también, este lado esta contrabalanceado en el lado opuesto por su inconmensurable misericordia, bondad, longanimidad. Si así no fuera ¿cómo podríamos estar en su presencia? En el quinto lado es, además, enteramente honesto, veraz, fiel, todo esto contrabalanceado una vez más, el sexto lado, por su infinita fidelidad, comprensión e interés en nosotros como hijos suyos.

Una persona con tales características no puede menos que evocar en nosotros el más tierno afecto y la más profunda gratitud, con sólo que logremos vislumbrar algo de su bondad. Con razón nos sentimos impulsados a exclamar: “Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero” (1 Juan 4:19). Y fue juntamente este pensamiento el que le llevo a Cristo a decir: “Santificado sea tu nombre” o, “que tú mismo ser sea reverenciado”.

Debemos recordar que este pensamiento constituía la médula misma y el impulso motor de la iglesia primitiva. Todo lo que ese pequeño núcleo de creyentes se propuso hacer lo hizo invariablemente “en el nombre de Cristo” o en el nombre de Jesús de Nazaret porque ese nombre representaba todo el poder, el dinamismo la autoridad y la importancia del carácter del Dios vivo.

La palabra <santificado> se emplea para transmitir.

La idea que Cristo estaba tratando de enseñar en este momento, esta asociada con la palabra Santo, palabra que el creyente moderno interpreta muy mal. Decir, “Padre nuestro que estás en los cielo, que tu nombre sea mantenido santo”, sería emplear una expresión trillada.

Fundamentalmente, cuando se dice que algo es santo, la primera idea que se quiere transmitir es la de algo completamente sano, sólido, entero, completo, sin mancha, ni debilidad, algo que no está contaminado ni corrompido en modo alguno.

De manera que cuando hablamos de mantener santo el nombre de Dios, en realidad. La idea comprende una apreciación sumamente amplia y abarcadora de lo que él es y hace. Lo que diríamos en este tiempo es esto: <Que sean honrado, reverenciado y respetado a causa de quién eres. Que tu reputación, nombre, persona y carácter sean mantenidos sin tacha, sin contaminación, inmaculados. Que nada se haga que difame tu fama.

En Isaías 6 se nos ofrece un cuadro sobre las impresiones del profeta con referencia a la santidad de Dios: “Vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo. Por encima de él había serafines; cada uno tenía seis alas; con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies, y con dos volaban. Y el uno al otro daba voces, diciendo: Santo, santo, santo Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria. Y los quiciales de las puertas se estremecieron con la voz del que clamaba, y la casa se llenó de humo entonces dije: “¡Ay de mí! Que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos” (Isaías 6:1-15).

En la presencia del Todopoderoso Dios Isaías adquirió una viva conciencia de sus propias imperfecciones. La persona el poder y la pureza del Santo le hicieron que se sintiera tremendamente conciente de su propia vileza. Frente a la intensa y fulgurante perfección y pureza de la persona de Dios nuestras propias debilidades y corrupción aparecen en toda su negrura. Cuanto más nos acercamos a él, tanto más agudamente sentimos nuestra propia pecaminosidad. Y así es como debe ser, porque solo así descubrimos la real necesidad que tenemos de ser purificado.

Básicamente, nuestra sociedad no es diferente a la que vivió Isaías. Ni la de nuestro Señor, cuando les enseñó a los discípulos a orar.

Cualquiera que sea la generación a que pertenezcan, ni los hombres ni las mujeres reverencian ni respetan el nombre y la persona del Altísimo. Es una parte a razón por la cual resulta tan importante que Jesús haya incluido esta frase en su oración.

Cualquiera que sea el nivel social en que nos movamos, es común que tanto hombres como mujeres deshonren el nombre de Dios. Su nombre se utiliza para blasfemar, aparecen chistes obscenos se satiriza y ridiculiza su carácter, se amontona insultos sobre su persona.

La única explicación que se puede encontrar es que la misma belleza hermosura, perfección y pureza de su carácter, es lo que hace que los seres humanos se sientan incómodos. Sus preciosos atributos, su persona y su nombre, hacen brotar la hostilidad, el enojo y la malicia en los hombres, en lugar de despertar reverencia y temor. No nos

resulta pues sorprendente porque el mismo Dios les dio a los hombres estuviere incluido lo que dice así: “No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano” (Ex. 20:7).

Jesús mismo estaba reafirmando este concepto cuando en su oración dijo: “Santificado sea tu nombre” no por un sentido de obligación para con la ley, sino por amor y estima a nuestro Padre”.

Como en el caso de Isaías, así también en el nuestro, existen áreas de la vida en las que es esencial que la reputación y la persona de Dios sean debidamente reconocidas y respetadas.

PRIMERO.- En el mundo en general, en otras palabras, en todas partes alrededor de nosotros se hace evidente la presencia, el poder y el carácter de Dios nuestro Padre. Cuando Isaías anuncia que la proclamación de los serafines era: “Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de tu gloria”.

SEGUNDO.- Esta toda el área de la iglesia, los santuarios apartados para el Altísimo, el cuerpo de creyentes, donde quiera que se reúnan y donde quiera que estén. Lo vemos cuando Isaías dice “Yo vi al Señor sentado sobre su trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo” su persona, su autoridad y su honor se manifiestan en todas partes en el santuario.

TERCERO.- Está el área más próxima a nuestra vida y de nuestra relación íntima con el Altísimo. Isaías comprendió que a causa de su impureza, no era digno del santo Dios con el cual hablaba. Pero una vez que fue purificado, limpiado, y que fue quitada su iniquidad, sabía que estaba en condiciones de tener comunión íntima con Dios.

Finalmente consideremos un aspecto más, un aspecto quizá de mayor importancia, en que el nombre de nuestro Padre tiene que ser santificado y honrado en nuestra vida personal..

Se entiende que si Dios es nuestro Padre, como lo expresó Jesús en esta oración, entonces nosotros somos sus hijos, luego naturalmente nosotros llevamos también su nombre. Podemos llamarnos “hijos de Dios”, “cristianos” o “creyentes”, “pueblo de Dios”, o darnos cualquier otro título. Pero el hecho es que estamos investidos con su nombre. Por lo tanto, su nombre, su reputación, su persona y su carácter están en juego.

La vida y el hablar de cualquier persona que dice que tiene un vínculo con Dios son motivo de examen atento e incesante de los que nos observan desde afuera. De los hijos de Dios se espera un comportamiento como un hijo de Dios.